

Hunter Potter: A Little North

L21 Gallery

A Little North, is a town open to all. Punks play loud music here, nine-to-fivers stop for a coffee break and athletes run laps around the city's centre. It's a town where nostalgia is awoken and sentimentality stands on guard.

Built to set the scene and with a distant familiarity, six large paintings extend across the main gallery wall depicting green rolling hills and dairy farms. Their execution is sickly sweet and reminiscent of an all-too-perfect suburban town. The stillness within these sleepy landscapes gives space to the viewer's imagination; their simplistic form allows associations to be made and yields a landscape in which the viewer can insert themselves and their own narratives within. Perhaps, you have gazed out the window on a long car journey and seen houses on the horizon, perhaps you have made stories for the people who live there, or perhaps, you have grown up there yourself. Although seemingly motionless, the props presented in these cropped scenic scapes allow for playful interaction: your eye moves cows to graze and sends cars speeding home along winding roads. As well as setting the scene, these landscapes also function as a backdrop to the inhabitants that stand in front of them.

In addition to Hunter Potter's canvas pieces, 52 wooden sculptures, carved by chainsaw from single blocks of 150kg Spanish pine, also reside in the space. Whereas a painting's story begins blank and narrative gets built up, carving a block of wood involves a reverse methodology; its story begins via the process of reduction, chipping away to reveal form. Each sculpture is unique - a one-of-its-kind - it represents the individuality of all its characters and gives space for their singular stories to prevail, or for the viewer to at least imagine. Whilst some characters make direct reference to Potter's family members, others simply depict archetypes of Americana. With links to blue-collar industries, the chainsaw itself is a tool through which Potter can manually explore his ongoing fascination with American culture, and more importantly his personal experience of growing up in a small town... a little north of New York. Potter reinvents the chainsaw and uses it as the painter's brush, making marks with immediacy and following the material qualities of the wood to depict raw geometric forms that eventually take shape as figures. The use of minimal equipment and a self-taught practice gives the work its humble aesthetic and makes reference to American folk art. Hand-painted and adorned in various accessories and clothes, no two sculptures are the same. Yet they do all share the same stance and facial expression: oversized hands placed alongside their bodies, coupled with a simple and an almost uncanny line for a smile. When you enter the crowd and walk amongst them, gossip ruminates, stories are fabricated and your sheer size stands out, evoking feelings of entering a new town as an outsider.

Unable to leave his hometown behind, Potter rebuilds it in Mallorca, Spain. Fabricated while working in the mountains of Esporles, each of his sculptures offers a unique narrative and contributes to the collective experience of visiting a new area. Set up against these bucolic landscapes, Potter constructs an environment of autobiographical descent but generously provides a stage where the viewer can become the main protagonist. Making the little things large, this exhibition highlights the people and settings that make us who we are: a little town, a little north, a little life.

Brooke Wilson

Hunter Potter: A Little North

A Little North, es una ciudad abierta a todos. Aquí los punkis tocan música a todo volumen, los nine-to-fivers se paran a tomar un café y los atletas corren dando vueltas por el centro de la ciudad. Es una ciudad donde se despierta la nostalgia y el sentimentalismo monta guardia.

Construidos para ambientar y con una lejana familiaridad, seis grandes cuadros se extienden por la pared principal de la galería representando verdes colinas ondulantes y granjas lecheras. Su ejecución es enfermizamente dulce y recuerda a una ciudad suburbana demasiado perfecta. La quietud de estos paisajes somnolientos deja espacio a la imaginación del espectador; su forma simplista permite establecer asociaciones y da lugar a un paisaje en el que el espectador puede sumergirse y plasmar sus propios relatos. Tal vez has mirado por la ventanilla en un largo viaje en coche y has visto casas en el horizonte, tal vez has creado historias para la gente que vive allí, o tal vez tú mismo has crecido allí. Aunque aparentemente inmóviles, los elementos presentados en estos paisajes recortados permiten una interacción lúdica: el ojo mueve a las vacas a pastar y hace que los coches vuelvan a casa a toda velocidad por carreteras sinuosas. Además de ambientar la escena, estos paisajes también sirven de telón de fondo a los habitantes que se sitúan frente a ellos.

Además de los lienzos de Hunter Potter, el espacio alberga 52 esculturas de madera talladas a motosierra a partir de bloques individuales de 150 kg de pino español. Mientras que la historia de una pintura comienza en blanco y la narrativa se construye, tallar un bloque de madera implica una metodología inversa; su historia comienza a través del proceso de reducción, astillando para revelar la forma. Cada escultura es única -única en su especie-, y representa la individualidad de todos sus personajes dejando espacio para que prevalezcan sus singulares historias, o para que el espectador al menos las imagine. Mientras que algunos personajes hacen referencia directa a miembros de la familia de Potter, otros simplemente representan arquetipos de la *Americana*. Vinculada a la industria obrera, la propia motosierra es una herramienta a través de la cual Potter puede explorar manualmente su fascinación por la cultura estadounidense y, lo que es más importante, su experiencia personal de crecer en una pequeña ciudad... un poco al norte de Nueva York. Potter reinventa la motosierra y la utiliza como pincel del pintor, haciendo marcas con inmediatez y siguiendo las cualidades materiales de la madera para representar formas geométricas en bruto que acaban tomando forma de figuras. El uso de un equipo mínimo y una práctica autodidacta confieren a la obra su estética humilde y hacen referencia al arte popular estadounidense. Pintadas a mano y adornadas con diversos accesorios y ropas, no hay dos esculturas iguales. Sin embargo, todas comparten la misma postura y expresión facial: manos sobredimensionadas colocadas a lo largo de sus cuerpos, acompañadas de una simple y casi extraña sonrisa. Cuando entran en la multitud y caminan entre ellos, se rumorean chismes, se inventan historias y su mero tamaño destaca, evocando la sensación de entrar en una nueva ciudad como forastero.

Incapaz de dejar atrás su ciudad natal, Potter la reconstruye en Mallorca, España. Fabricadas mientras trabajaba en las montañas de Esporles, cada una de sus esculturas ofrece una narrativa única y contribuye a la experiencia colectiva de visitar una nueva zona. Enmarcado en estos bucólicos paisajes, Potter construye un entorno de descenso autobiográfico, pero ofrece generosamente un escenario en el que el espectador puede convertirse en protagonista. Haciendo grandes las pequeñas cosas, esta exposición pone de relieve las personas y los entornos que nos hacen ser quienes somos: un pequeño pueblo, un pequeño norte, una vida pequeña.

Brooke Wilson